

---

# El teatro impreso

## KATHAKALI AN INTRODUCTION TO THE DANCE DRAMA OF KERA- LA.

Por Clifford R. Jones y Betty True Jones.

The American Society for Eastern Arts Books.

Todos aquellos que hemos tenido la suerte de presenciar una sesión de Kathakali, sentimos el mismo deslumbramiento, la misma pasión; es tan difícil imaginar un espectador a quien la representación deje frío, uno a quien su riqueza no logre conmover en lo más mínimo. Más que una representación, una noche de kathakali es roda una

experiencia de la cual deberíamos abrevar constantemente. Siendo esto imposible por la distancia que nos separa de la India, por la poca disponibilidad de las compañías en gira (ninguna ha venido a México) no nos queda sino leer libros y enterarnos por manuales y folletos.

El kathakali es una forma teatral mucho muy compleja: a un texto cantado con acompañamiento de variados instrumentos de cuerdas y percusión, se añade la actuación de un bailarín o el baile de un actor, como se quiera. Los individuos que representan (olvi-

111

---

dándonos si son bailarines o no) tienen múltiples elementos o convenciones, para darnos a conocer la trama de la obra, los sentimientos de los personajes así como sus rangos y jerarquías (tanto sociales como espirituales: brahmanes o parias, dioses o demonios) sin olvidar sus peculiaridades de carácter. Estos elementos son: Coreografía y ritmo, movimientos de tronco, expresión facial, movimientos de ojos, movimientos y posturas de brazos y manos, vestuario y maquillaje. Todos estos elementos se entretajan para enriquecer el significado del texto que se canta a un lado del escenario. Toda la representación se diseña para apoyar, contrapuntar, aliterar, el texto dramático, generalmente basado en las aventuras de dioses y héroes que surgen del Ramayana y el Mahabharata. De todos estos elementos, sin duda el más complejo es el de los mudras o movimientos de manos y brazos. Aparte de su contenido emotivo, posee una gran precisión gramatical ya que contiene y prevee el uso de posturas o mudras adverbiales, pronominales e incluso sufijos de tiempo (Los mudos cultos de la provincia de Kerala, donde se da esta manifestación dramática, emplean este lenguaje para darse a entender). Otro elemento digno de mención es el maquillaje, tan complicado que llega a parecer máscara. Sus colores y diseños, aunados al vestuario, sirven para diferenciar personajes: así todos los reyes, héroes y dioses llevan el rostro pintado de verde brillante. Todos aquellos personajes demoníacos que no obstante poseen alguna cualidad valiosa, se pintan de verde pero con variantes (bigotes pintados y estilizados en blanco y negro, cejas pintadas en forma de cuchillo curvo y nariz postiza en forma de perilla de puerta). Así pues, el

kathakali está lleno de elementos significativos, elementos que no hace falta descifrar para disfrutar de una representación. Sin embargo, un conocimiento más a fondo del kathakali, nos permite acercarnos a muchas preguntas básicas del teatro, como la interrogación público-espectáculo, la interrogación tradición-ruptura, etc.

El libro de Clifford R. Jones y su colaboradora Betty True Jones, no resuelve —y tal vez ni siquiera plantea— estas preguntas. Resulta valioso para conocer siquiera el ABC elemental de esta forma dramática del sureste de la India. Lo que en primer contacto con ella resulta en enajenamiento apasionado lleno de arrobos, encuentra en este manual la explicación exacta. Desde sus orígenes hasta su forma actual, pasando por sus antecesores y parientes (como el kutiyatam) el kathakali se nos va presentado lleno de sutilezas, de profundidad de contenido, con códigos muy propios y particulares de escenificación.

El libro no constituye de manera alguna la obra definitiva sobre el tema; aquel que desee agotar este campo tan vasto deberá buscar sus fuentes en la India, aprender malayalam (lengua en que se escriben los más de los textos de esa forma dramática) y sobre todo: ver constante, religiosamente, cuanta representación de kathakali le salga al paso.

A.A.

“Retrato de mi padre” de Wilberto Cantón. Editorial Popular de los Trabajadores. (Obra premiada en el 1er concurso de Teatro Social). México, D.F., Noviembre de 1978.

“La Revolución. . . está muerta y enterrada.” Esta es la frase que resuena al través de *Retrato de mi padre*, de Wilberto Cantón. El grito no es nuevo, pero adquiere nuevo vigor al ser ampliamente ilustrado en esta comedia que es el reverso de *Nosotros somos Dios*, del mismo Cantón.

*Retrato de mi padre* es una comedia en un acto y en dos estampas separadas por un período de treinta y siete años. La primera estampa tiene lugar en 1913 durante las luchas revolucionarias de México particularmente entre las fuerzas de Obregón y Huerta.

Diego es un periodista-editor de cuarenta y tres años, casado con Magdalena, la cual llevaba en sus entrañas un niño, hijo de Rodrigo. Diego tiene dificultades económicas y políticas para seguir publicando su periódico *La Antorcha*. El gobierno antirrevolucionario por una parte, y por otra Rodrigo el terrateniente, tratan de comprar la lealtad y servicios de Diego y su periódico: el primero a cambio de dinero, el segundo a cambio de Magdalena. Esta confiesa su culpabilidad pero también su amor por Diego quien la acepta con su hijo al cual llama Bienvenido.

La segunda estampa tiene lugar en 1950. Magdalena está a punto de morir y el periódico *La Antorcha* nuevamente se encuentra en dificultades económicas y políticas. El gobierno, por medio de Leonardo, hijo de Diego, trata de cambiar la posición editorial del periódico a cambio de grandes ganancias.

Diego rehusa cambiar su posición y pretiene perderlo todo. Al fin, Magdalena muere y al mismo tiempo el edificio del periódico arde por orden de Leonardo a fin de cobrar el seguro, y los ferrocarrileros huelguistas serán culpados del incendio.

De inmediato se observan tres aspectos de esta comedia:

1. La Revolución Mexicana, según Leonardo “está muerta y enterrada.” Por lo tanto, lo único que queda por hacerse es adaptarse al presente y sacar el mayor provecho posible. Pero, de acuerdo con Diego, la Revolución no ha terminado porque no se ha hecho justicia a los trabajadores

2. Diego, a los ochenta años, sigue siendo el idealista que era a los cuarenta y tres en vez de volverse conservador y conformista como sucedió a Justo en *Nosotros somos Dios*, el principal enemigo de la Revolución. En contraste, en *Retrato de mi padre*, son los hijos, especialmente Leonardo, quienes olvidan los ideales de la Revolución —tal vez nunca los conocieron o, al menos, nunca creyeron en ellos—, y sólo buscan, egoístamente, su bienestar material. En este sentido *Retrato de mi padre* representa una posición de los protagonistas opuesta a la posición de los mismos en *Nosotros somos Dios*.

En relación con este asunto se nota un conflicto entre el capitalismo representado por los Estados Unidos, y el representado por Rusia. Este asunto sólo aparece como por accidente pero es más contemporáneo.

3. El simbolismo de los nombres no deja de ser interesante: Diego tiene un doble significado: uno religioso y otro político. El religioso evoca la esperanza de una nación independiente y guadalupana; y el aspecto político, bajo la forma de Santiago, evoca la expulsión de los invasores de España. Magdalena es la pecadora arrepentida que logra el perdón “por haber amado mucho.” (Primera estampa). Diego acepta al hijo de Magdalena como propio y acertadamente lo llama Bienvenido cuando bien podría no serlo. Leonardo (león o

---

leopardo) es una fiera de presa. Es además vanidoso y materialista. Pura, por otra parte, es demasiado inocente para su edad; se deja convencer, fácilmente, por Leonardo: "Tendrás dinero para ser bonita." (Segunda estampa).

De los tres aspectos mencionados, no cabe duda que el más sobresaliente es el que trata de los puntos de vista en cuanto a la Revolución Mexicana. ¿Está viva? ¿Está muerta? Según esta comedia, *Retrato de mi padre*, la Revolución no está muerta; los objetivos

de la Revolución no se han logrado y por lo mismo debe mantenerse en pie y denunciar las injusticias sociales. Esto lo hizo Wilberto Cantón en *Retrato de mi padre* por medio de Diego Montaña. Lo hizo tan bien que justificadamente recibió el Primer Premio en el Primer concurso nacional de Obras de Teatro Social.

José F. Vélez

Biley University